

NATURALEZA, CAUSAS Y AMBITO DE LA CULTURA

I

NATURALEZA Y CAUSAS DE LA CULTURA

l.) Noción de Naturaleza. -Hay un mundo *natural* y un mundo *cultural*. El primero está formado por todos los seres materiales que nos rodean y también por el ser del hombre, *tales cuales son*. La naturaleza es *la obra de Dios*, como ha salido de sus manos y como actúa de acuerdo a las leyes necesarias en ella impresas por el Creador.

Los seres naturales materiales, es decir, todos los seres de la naturaleza inorgánico y viviente, exceptuando el hombre en su ser y actividad espiritual, son y existen, pero, a) no *saben que son*, no tienen *conciencia expresa del ser* que son *-sujeto-* ni conocen el *ser* que no son de las cosas exteriores *-objeto* como tal o realmente distinto del propio. En la cima de esta escala, los animales sólo alcanzan una conciencia oscura de sí y de las cosas desde la manifestación fenoménica o *aparecer* de su actividad, pero sin llegar a aprehender formalmente su *ser* ni, consiguientemente, el *sujeto* y el *objeto* en cuanto realmente distintos y opuestos. El *ser -y*, por eso mismo, el *sujeto* y *objeto*, como sustancia de las modificaciones accidentales o fenoménicas- queda *velado* y oculto en el objeto de las sensaciones: entra en la conciencia sin ser visto, penetra a través de la manifestación accidental o fenoménica concreta, a través de "*esto coloreado*", "*esto sonoro*", etc., pero sin que el sujeto pueda discernir entre el *ser o esto* y lo coloreado, sonoro, etc., como realidad accidental modificadora y manifestante de aquel ser. Más aún, ni siquiera tales manifestaciones fenoménicas concretas -lo coloreado, lo sonoro, etc. del *ser sustancial* son aprehendidas en su *ser accidental* propio, en su *aparecer o fenomenidad concreta*, pues no podría desvelarse tal *ser accidental* sin aquel otro *ser sustancial* profundo, ya que sólo tiene sentido por referencia o correlativamente con éste.

Para descubrir el ser de las cosas y del sujeto se necesita la actividad *abstractiva* que separe los dos aspectos -fenoménico y óptico- unitariamente dados en los datos sensibles y que sólo la inteligencia -el conocimiento espiritual- puede realizar, pues se trata de aprehender algo enteramente inmaterial como es el *ser* en si mismo, aun el ser de las cosas materiales; y que una actividad sensitiva, que si bien es en cierto grado inmaterial es a la vez material o corporal, no podría des-cubrir.

Al no llegar a de-velar el *ser*, la actividad sensitiva, y menos todavía la material inferior a ella, tampoco puede aprehender las *relaciones* que dimanen de aquél y carece, por eso mismo, del poder de modificar la realidad, de transformarla llevándola a realizaciones nuevas, de acuerdo a vinculaciones vistas de medio *a fin*, de *causa a efecto*.

Todas las modificaciones realizadas por los seres materiales inferiores al hombre, están realizadas de acuerdo a leyes necesarias impresas en su ser y sin visión ni, mucho menos, intención de tal modificación. Son conducidas a ellas inconsciente o seminconscientemente.

b) Por otra parte, toda la actividad material hasta la actividad vital vegetativa -propia de las plantas- y sensitiva -propia de los animales- no sólo no llega a la conciencia plena del *ser* y a la aprehensión del *sujeto* como tal, sino que a la vez y, por eso mismo, está encerrada en la órbita del *determinismo*, sujeta a *leyes necesarias*: físicas, químicas, biológicas, instintivas, etc. La espontaneidad y amplitud de la actividad material se agranda con la vida y más todavía con la vida sensitiva e instintiva, pero no llega a romper la cadena de la necesidad o del determinismo causal. "La cadena se alarga, pero no se rompe", dice gráficamente Bergson.

De aquí que los seres materiales actúen siempre dentro de la órbita de su actividad, determinada por leyes necesarias y no puedan salir de ella. A los pocos días de nacer y sin que nadie se lo enseñe, la abeja fabrica su panal con toda pulcritud y medida, pero lo hace siempre del mismo modo, de acuerdo a las leyes instintivas que regulan su acción. No hay ningún progreso o modificación en la actividad de los seres materiales, incluso de los animales, ni siquiera adaptación a circunstancias que salen de la órbita ordinaria de sus instintos. Sólo bajo la dirección de la inteligencia y de la libertad humanas, que combinan sus fuerzas, pueden llegar a la producción de efectos nuevos, más allá de su órbita natural.

En síntesis, los seres naturales materiales -también el hombre bajo este aspecto- son pero no *se poseen*, no son dueños de sí por a) la conciencia y b) la *libertad*. Más que actuar por iniciativa propia -con *conocimiento formal del fin* y con *propósito* o intención del mismo como tal- tales seres son, actuados por la naturaleza -y su divino Autor, a través de ésta- que las dirige y encauza en su acción a los fines convenientes al individuo o a la especie, sin que ellos lo conozcan y expresamente se lo propongan.

2.) *El espíritu*. - Así como la *naturaleza* es el mundo creado por Dios -inmediatamente o mediante otros seres materiales y bajo la dirección de leyes necesarias en ellos impresas- la *cultura* es el mundo elaborado por el *espíritu* del hombre, la realidad -material o espiritual- transformada por la inteligencia y la voluntad.

Por su espíritu el hombre es *doblemente dueño de sí*: no sólo es realmente, sino que se posee a sí mismo por la *conciencia y la libertad*: *sabe que es y tiene en sus manos la elección* de su propia actividad y de su vida; llega a descubrir el *ser* de las cosas, *lo que* las cosas son, y su propio *ser*, y tiene así conciencia de sí *como ser-sujeto* distinto del *ser-objeto*: además de *ser*, de una manera intencional posee su propio ser por la conciencia de sí y se posesiona del *ser* de las cosas.

Por la *libertad* el hombre no sólo actúa, sino que puede elegir uno u otro fin o bien, posee el dominio de su propia actividad y, bajo su dirección, puede dirigirla al fin o bien que se propone alcanzar. Abierto por su inteligencia al ser trascendente como tal, que en cuanto objeto de la voluntad es bien o fin, el hombre queda abierto por su voluntad al bien como tal, sin límites, y en virtud de ese objeto es capaz de querer cualquier bien concreto en cuanto participa del bien, o de no quererlo o querer otro, en cuanto no *es el bien* en sí, es decir, es *libre*.

Si por intencionalidad entendemos la referencia que un *ser* encierra a otro *ser* en cuanto *otro* y distinto del propio, o al propio ser que no solamente es sino que está presente a él como otro, diremos que tanto el conocimiento intelectual como la voluntad libre son *intencionales*, e intencionales de la manera más estricta, pues la referencia al *otro* -como objeto de aprehensión u objeto de modificación- no sólo es como es, un signo material, sino que es *formal o conscientemente*; y llegaremos a la conclusión de que el espíritu es capaz de *cultura* por su *intencionalidad*, que lo pone en posesión del *ser que es, subjetiva u objetivamente* -conciencia y conocimiento- y del *ser que debe ser* de acuerdo al bien o fin propuesto y mediante su acción modificadora -*libertad*.

Por ambas direcciones de la intencionalidad -puramente aprehensiva o activa- el *espíritu del hombre*, rompiendo, por una parte, *las ataduras de lo fenoménico-individual*, se abre a la aprehensión consciente del *ser* real -que, en última instancia, es el *Ser* de Dios- y, por otra, *rompiendo las ligaduras del determinismo*, que lo sujeta a una precisa acción, se hace dueño de la determinación de su propia actividad. En otros términos, por la intencionalidad el espíritu penetra a través de lo fenoménico, hasta el *ser, trasciende el aparecer* hasta el *ser del sujeto* y del *objeto* formalmente tales, a la vez que desde el *ser se adueña de su propia actividad* por la *libertad*.

3.) *La inmaterialidad, constitutivo del conocimiento, de la conciencia y de la libertad.* -a) La materia es la potencia o principio de limitación del ser: es el no-ser del ser. El acto de ser queda aprisionado y oscurecido por la materia en los seres corpóreos y, por eso mismo, fragmentado

en la sucesión espacial y temporal. Pero en la medida en que el acto se libera de la materia, más acto, más rico, más ser es. Y cuando llega a liberarse totalmente de ella, es decir, cuando es enteramente inmaterial o *espiritual*, *el acto del ser no sólo es*, sino que también *es en acto*, *está presente a sí mismo*, *toma conciencia de sí -es sujeto y objeto a la vez-* y en esa *presencia o acto en sí*, es iluminado o aprehendido el *ser de las cosas materiales*, en las cuales tal *ser o acto* está sumergido y oscurecido -sin conciencia de sí- en la potencia. Gracias a la *inmaterialidad* o plenitud -del acto del espíritu, el *ser o acto* de los seres materiales es develado, arrancado o abstraído de la *potencia o no-ser* de la materia, que lo oculta a sí mismo, y aprehendido como *acto o ser distinto* -u objeto- del propio acto espiritual que lo aprehende: *es conocido*. La aprehensión o *posesión del ser* propio y ajeno: *la conciencia de sí o del ser propio y el conocimiento del ser de las cosas*, es alcanzado únicamente en la luz de la *espiritualidad*, por la cual *el acto del ser*, libre de todo no-ser o materia logra toda su perfección, toda su actualidad o *presencia* para sí y para conferirla al *acto d-- los seres corpóreos*, inmerso en la materia.

b) Por la misma razón, la *espiritualidad del acto* rompe la cadena del determinismo causal y le confiere a éste su *libertad*. La materia, como no-ser o principio de limitación coarta al acto y a su actividad, la reduce a un determinado modo de obrar. En la medida en que el acto se va aligerando de la materia o potencia y, por ende, va siendo *más acto*, más perfecto, logra más amplitud de acción: así la actividad fisiológica de la planta sobresale en amplitud y espontaneidad sobre la físico-química de los seres inorgánicos, y la actividad semiconsciente de los apetitos de la vida animal es mucho más rica y perfecta que la de la vida vegetativa de la planta. Sin embargo, todas estas actividades, cada vez más inmateriales, no logran deshacerse del todo de la materia y *siguen dependiendo esencialmente de ella*. Lo cual determina el no poder obrar de otro modo, que caracteriza a esta actividad, sometida a la *necesidad causal* de las leyes físico-químicas, fisiológicas e instintivas.

Recién cuando el *acto del ser* se libera totalmente de la *potencia* o no-ser de la materia, logra liberarse también del *determinado causal o necesidad* propia de ésta, alcanza su autodomínio o *libertad*.

Por su *espiritualidad*, pues, el hombre logra el doble dominio o posesión de *sí*: *estar presente a sí* por la conciencia y, en esta presencia de su acto, estar presente al *ser trascendente* de las cosas circundantes, y a la vez poseerse activamente por su libertad.

4.) *La cultura*. - De aquí que por su ser y vida espiritual -ser y vida más concentrados o actualizados con la superación e independencia de la indeterminación del no-ser de la materia-

no sólo participa más del Ser de Dios, sino que por este doble dominio de sí, por el *conocimiento y conciencia* y por la *libertad*, el hombre participa de la misma actividad de Dios y puede, como El, *saber* qué son las cosas y, mediante el conocimiento de este *ser* limitado -*esencia y existencia*-, conocer la Existencia de Dios -como su Causa primera- y conocer también analógicamente su Esencia, y modificar y transformar el propio ser y actividad y el ser y actividad de las cosas externas a él, para lograr determinados y nuevos fines o bienes más allá de los naturales; es decir, está capacitado para continuar e incrementar la obra de Dios, a llevar la naturaleza a nuevos grados de perfección, aumentar el bien en el propio *ser* y en el del mundo. Si todo ser material, por el hecho de serlo, participa del *Ser o Bondad* de Dios, sin él saberlo ni proponérselo deliberada y libremente, el hombre participa *además* del Ser de Dios, *formalmente*, en cuanto es capaz de conocer y amar el ser propio y el ser de los demás y de las cosas y del mismo Dios y puede libremente perfeccionar la obra del Creador, conduciéndola a nuevos grados de perfección o de bien.

A diferencia de los seres materiales, que sólo son *vestigios* de Dios, en cuanto reflejan y llevan la impronta de la Bondad o Perfección divina, sin saberlo ni quererlo, por participación de su divino Ser, únicamente el hombre es además su imagen, por esta participación del Ser -que es Vida: Intelección y Amor- de Dios, que lo hace dueño del ser creado e increado por su *espíritu*, por su *conocimiento* en cuanto lo aprehende formalmente o como tal, y por su *libertad*, en cuanto deliberadamente lo modifica para el bien.

Ahora bien, esta obra con que el hombre *consciente y libremente transforma* la naturaleza de las cosas materiales y de sí mismo, acrecentando en ella la *perfección* o el bien -que es lo mismo que el *ser*- es lo que constituye la cultura. La cultura es la *naturaleza transformada por el espíritu* del hombre, entendiendo por naturaleza el ser material y espiritual del propio hombre y de las cosas materiales exteriores a él, pero en cuanto están a su servicio. *La obra cultural, la naturaleza transformada y como vivificada por la inteligencia y la voluntad humanas* es, pues, el *mundo estrictamente humano, propio y exclusivo del hombre*, porque él lo crea -y en él se trasunta- para vivir en él más plenamente su vida humana.

La cultura puede entenderse *in fieri* e *in facto esse*, como acción y como *efecto*, como la *actividad espiritual* que la produce y como la *obra natural* -material o espiritual- *transformada* o perfeccionada *por el espíritu*.

Es lo que veremos con más precisión, señalando las cuatro causas de la *cultura*.

5.) *Causas de la cultura.*

- l.) *Causa eficiente de la cultura.* En esta obra cultural debemos distinguir, por una parte, el origen o *causa eficiente* de la cultura y, por otra, su realización o *causa formal intrínseca*, *formal extrínseca* o ejemplar, y *material* y, finalmente, su *causa final*.

La cultura brota del *espíritu* humano, como tal, finito y unido a la materia, de la *inteligencia* y de la voluntad. *La causa eficiente* de la cultura, en su origen o irrupción primera, es, pues, totalmente espiritual. Para realizarla fuera de sí, en las cosas materiales, el espíritu echará mano del propio cuerpo y de otros objetos corpóreos, a las veces ya transformados por él mismo, pero todos estos medios no son sino instrumentos, *causas eficientes instrumentales*, que no actúan sino bajo la dirección continua del *espíritu*, *causa eficiente principal*.

La fuente creadora de la cultura, la causa eficiente principal, es, pues, *íntegramente espiritual*.

La inteligencia, *desvelando* y penetrando en el *ser* o esencia de las cosas -encubierto en los *fenómenos* dados a los sentidos- descubre también y a la vez la relación de *conveniencia* -o *disconveniencia*- con el hombre o algunos de su vida, es decir, lo aprehende como bien o *valor*. El hombre es una unidad sustancial de ser y vida material y espiritual, que comprende en un orden jerárquico y vital ascendente la zona estrictamente corporal, la zona viviente fisiológica inconsciente y la zona viviente consciente y, dentro de ésta, una con vida y conciencia sensitiva, y otra con vida y conciencia intelectual o espiritual, y ambas en su dimensión cognoscitiva o de aprehensión formal del objeto, y en su dimensión del apetito y sentimiento del bien. En la cima de su vida específica y dominante, la de su *espíritu*, está abierto a la trascendencia del *ser* como *verdad* y bien, respectivamente, de la inteligencia y de la voluntad y, en definitiva, como Verdad y Bien infinitos.

A la vez la inteligencia descubre los *bienes* o *valores* que corresponden a cada uno de estos diferentes aspectos del ser y vida humanos y a su vez en relación con los aspectos superiores.

La *voluntad libre* elige y decide la consecución de tales bienes o valores, develados por la inteligencia -sea por obtención, sea por realización de los mismos, sea que existan o haya que hacerlos existir- y tal acción realizadora de valores es llevada a cabo por la voluntad ya por sí misma -si se trata de lograrlos en la propia vida espiritual- ya valiéndose del propio cuerpo y aun de otros objetos corporales, como otros tantos instrumentos, cuando se trata de conseguirlos en la misma realidad corporal.

El conocimiento espiritual de la inteligencia, que por su penetración en el *ser* o *esencia* de las *cosas*, des-cubre las *relaciones* del bien con los diferentes aspectos del hombre y con su unidad total, y los medios para realizarlos; y la *voluntad libre* que se decide por tales bienes o fines en

sí mismos y en las cosas materiales, y *elige los medios* -espirituales o materiales- necesarios para obtenerlos, constituyen la *causa eficiente creadora de la cultura*.

2.) *Causas constitutivos, formal y material, de la cultura.* La cultura acrecienta la *perfección* o el bien en el hombre y en las cosas exteriores, y en tal sentido amplio, las *crea*.

Pero ningún espíritu, que no sea el Espíritu o Acto puro y, como tal, infinito y de infinita eficacia, es capaz de *crear* en sentido estricto o sacar un ser o bien desde la nada total.

El espíritu finito del hombre sólo es capaz de obtener nuevos seres o bienes a partir de otros seres -naturales o ya transformados previamente por ello que equivale a decir que sólo es capaz de crear en un sentido amplio: de infundir *nuevas formas* o actos perfeccionantes del ser o de *transformar los seres* o actividad del propio hombre o de los seres exteriores a él.

La *realización* de la cultura supone, pues, por una parte, una *materia* o sujeto receptor -inmediato. o mediato: a través de la acción instrumental de los medios corpóreos- de la actividad espiritual, creadora de las nuevas formas. Advirtamos empero que *materia* no significa aquí algo necesariamente corpóreo, sino lo opuesto a *forma* o determinación que constituye el nuevo ser, producto de la cultura. Así, la inteligencia y la voluntad *espirituales* son, en este sentido, *materia* o *sujeto de cultura*. Sin tal sujeto o *materia* el espíritu no podría acrecentar la perfección mediante su actividad transformadora o cultural.

La *materia* o sujeto de la cultura puede ser en un orden jerárquico ascendente, el *ser material exterior*, *el ser y actividad materiales del propio hombre: de su vida vegetativa* o inconsciente, *de su vida consciente sensitiva* y, en su cima, el *mismo espíritu en su actividad intelectual y volitiva*. Así se puede transformar el ser natural material de una madera o de una piedra en una obra de cultura, por el *arte*, la vida vegetativa natural se puede transformar en obra de cultura, por la *agricultura* en las plantas, o por la *higiene* y el *deporte* en el propio hombre, y mucho más puede cultivarse o convertirse en cultural, por la acción del espíritu, la actividad de los sentidos, de los sentimientos y la imaginación, y sobre todo la inteligencia por los hábitos especulativos de la *ciencia* y de la *sabiduría*, y la voluntad por los hábitos operativos de las *virtudes*.

Mas el constitutivo esencial de la cultura, la *realización* formal o específica de la cultura, es la *nueva forma*, el nuevo *acto* o *perfección determinante*, impresa en la *naturaleza* por el *espíritu* y que engendra el nuevo ser o bien, *específicamente humano* o *culturales*.

Todos los seres naturales, es decir, todos los seres, tales cuales son dados por la naturaleza -obra de Dios- sin excluir al propio ser del hombre, tienen su *ser* y *forma* específica -y *materia*,

si se trata de seres materiales- y están dotados de su actividad también específica, que hasta la vida animal inclusive está sujeta a leyes necesarias, y que con el espíritu, con la liberación de la materia, logra libertad con autodeterminación y sólo está sujeta a leyes morales.

La intervención del espíritu humano para perfeccionar el *sujeto* de la *naturaleza material* consiste en introducir en él, nuevas *formas accidentales*, que combinen de tal suerte las fuerzas materiales que, sin ser modificadas en si mismas, lleguen a realizar determinados bienes o fines, que por si solas no logran conseguir. Tal el origen de todos los "*artefactos*, de las obras de *arte* y de *técnica*. La naturaleza, por ejemplo, no hace una máquina, pero la máquina no es sino el resultado de un conjunto de modificaciones o *formas accidentales nuevas*, introducidas por el espíritu del hombre en un conjunto de seres naturales con sus respectivas actividades, que logran así producir un bien, que por si mismas tales seres, no podrían realizar. Nada hay en el efecto que no esté producido por las fuerzas naturales, pero sin la modificación cultural introducida en ellas por el hombre, tales fuerzas no habrían logrado combinarse para obtener tal efecto. Del mismo modo el cultivo de la tierra bajo la dirección del espíritu humano, obtiene frutos, que, si bien están producidos enteramente por las fuerzas naturales -la semilla, la tierra, el agua, el sol, etc.- sin embargo los seres naturales por si mismos no serían capaces de lograr de ese modo. No de otra suerte todos los colores que forman un cuadro son elementos de la naturaleza, y sin embargo la forma accidental que los combina y unifica como expresión de belleza sólo es posible por la intervención del espíritu, y es, por eso, como en los casos anteriores, un fruto del espíritu: una realización de cultura. En un plano superior, todos los elementos de que consta un libro son elementos materiales y hasta lo son los signos que forman las palabras o expresan una ecuación matemática, como lo son también los sonidos que engendran ese maravilloso artefacto que es el lenguaje. Y sin embargo, sólo el hombre, por su *espíritu*, ha sido capaz de constituirlo como expresión de una significación espiritual, tanto intelectual como artística, mediante una modificación accidental -que vale mucho más, por eso, que **su** mismo ser material- que los constituye como signos de ésta. La naturaleza, mediante estas frágiles modificaciones materiales, es acabada y superada por el hombre, que la conduce, a la expresión y realización de bienes *toto coelo* o esencialmente superiores a ella misma, que, por esta intervención del espíritu y aun tratándose a las veces de bienes de pura utilidad material, es cargada de una significación espiritual que la supera inmensamente. ¿Qué tiene que ver la materialidad de los signos con la significación espiritual de un tratado filosófico o de un bello poema que ellos expresan? ¿Qué los colores con la *Transfiguración* de Rafael, o qué las modificaciones del mármol con *el Moisés* de Miguel Angel? Es el misterio del ser natural,

obediente a la voz del espíritu y capaz de recibir y conservar la significación y la intención con que aquél **lo** carga.

Sin llegar al extremo de la afirmación hegeliana de que el espíritu penetra queda realmente encarnado en esos objetos en forma de "*espíritu objetivo*", la verdad es que tales *formas* o modificaciones impresas en la materia por el para lograr determinados bienes -desde la utilidad o bienestar **material** que proporciona un utensilio o un artefacto, hasta una significación conceptual o expresión de una belleza espiritual, que ofrece una palabra o un conjunto de colores combinados- son el medio con que el espíritu expresa y realiza sus fines o bienes y,- por eso, lo reflejan, a la vez que reflejan el fin que en ellos él se ha propuesto.

Esta modificación cultural del espíritu puede ser recibida también por el propio espíritu. La filosofía contemporánea reconoce en el espíritu humano el creador de la cultura, pero suele desconocerlo y hasta negarlo como *sujeto* o receptor de la misma, porque se empeña en negar la realidad sustancial del espíritu. Pero la verdad es que el espíritu es un *ser*, una realidad que, junto con la materia, constituye la esencia o ser permanente del hombre. Y como tal, es un ser natural, un ser dado por la naturaleza y, en definitiva, por su Divino Autor y, más que ninguno por la riqueza de su ser y porque el mismo es creador de la, cultura, capaz de mortificarse a sí mismo, para lograr nuevos bienes o perfecciones. La modificación espiritual del propio espíritu engendra las zonas más valiosas de la cultura: las *virtudes intelectuales* de la *Ciencia*, de la *Sabiduría*, del *Arte* y de la *Prudencia*; y las *virtudes morales* -*Fortaleza*, *Templanza*, *Justicia*, etc.- de la voluntad libre.

La modificación que el espíritu introduce en los seres naturales, es decir, en los seres tales cuales son -sean materiales, sean espirituales- es una *forma* accidental -material o espiritual, según el sujeto o sustancia que modifica-, pero una forma accidental, que procedente del espíritu, viene siempre, Y por eso mismo, cargada de *intencionalidad*: ya puramente significativa -en el signo, en el lenguaje, por ejemplo- ya *significativo* -*ejecutiva*- en los *artefactos*, *Virtudes*, etc.

La infusión de esta forma cargada de intencionalidad cultural requiere evidentemente una *capacidad* o *potencia receptiva* en el sujeto, aún material. Sólo que cuando el sujeto es puramente material, la recepción de esta intencionalidad es también puramente material y, como tal, *inconsciente* y que ella en el sujeto como en *potencia*. Para que ella sea aprehendida formalmente o actualmente se requiere la acción de otro espíritu, que la descifre y le de existencia en la inmanencia de su propio acto.

La intencionalidad formalmente tal está sólo en el *espíritu*: en el que la crea y en el que la descifra y aprehende, pero no en la obra cultural propiamente tal, donde sólo está *materialmente* o en potencia. La forma impresa en los seres naturales tiene *sentido o significación*, es decir, intencionalidad, únicamente por referencia al espíritu creador y a otro espíritu distinto de éste, quien, a través de aquélla, se apodera de ésta y entra así en comunicación con el otro espíritu. Tal el significado de la "*comprensión*" a que nos referimos más abajo. (n. 5).

3.) *Causa ejemplar o formal extrínseca de la cultura.* -Esta *forma* que el espíritu introduce en el *ser natural* para constituirlo en un *ser cultural*, en cuanto pre-existe en la inteligencia, que la elabora previamente de acuerdo y en la luz del fin o bien que se propone alcanzar, es el *modelo o causa ejemplar*, llamada también *causa formal extrínseca*, porque guía desde su existencia, en la inmanencia del espíritu, su realización o infusión intrínseca en el ser natural.

4.) *Causa final.* - Así como en el ser natural hay una estrecha relación entre la *forma o acto esencial* constitutivo y el fin o bien al que tal ser o forma está ordenada por Dios, Autor de la naturaleza, -ya que Dios ha adecuado a ésta para que, mediante su actuación alcance aquél-, del mismo modo, hay una estrecha relación entre la realización cultural, *la forma* introducida por el espíritu del hombre y el fin o bien que ella intenta conseguir.

En verdad, el bien que el espíritu se propone obtener es lo primero en aquél y lo que, consiguientemente, lleva a infundir la modificación o *forma precisa* que adecue o conforme el ser y la actividad natural a la consecución de aquél. El bien en cuanto aprehendido por la inteligencia, es quien mueve a la voluntad libre -y a las facultades e instrumento a ella sometidos-, a la realización o *transformación* del ser natural en vista de la obtención de aquel fin como bien. De que la forma esté o no adecuada para la consecución de aquel fin o bien, resulta que la obra de cultura, esté o no bien realizada.

Entre el momento intelectual de la aprehensión del fin o bien y la decisión de la voluntad para realizarlo, hay todavía otro momento de la inteligencia práctica -vale decir, de la inteligencia movida por la voluntad para iluminar y encauzar a ésta con la norma de conducta o de acción- que en la luz del fin por obtener *de-vela* las exigencias o *deber ser* de realización y les da fórmula *de juicio práctico*, bajo el cual la actividad libre puede decidirse por su realización. Cuando la voluntad elige, elige un juicio práctico, *lo causa material y eficientemente*, es decir, le confiere eficacia o practicidad, a la vez que la inteligencia causa este juicio formalmente, otorgándole cauce o sentido.

Por eso, inteligencia y voluntad son mutuamente causas una de la otra -*causae sunt invicem causae*- en el juicio práctico, bien que bajo diferentes aspectos.

En el orden intencional y absoluto, la realización cultural comienza por la influencia del *fin o bien* propuesto, *como causa final*, el cual, desde su aprehensión por parte de la inteligencia, mueve a la voluntad libre, *como causa eficiente*, para llevar a cabo *la obra cultural* propiamente tal, mediante la infusión de la nueva *forma* en el sujeto o *materia* del ser natural; la cual modifica y adecua a ésta y a su actividad para la consecución de aquel fin o bien. Precisamente porque *el bien o fin* -que es lo mismo que *el ser* en cuanto *apetecible* o conveniente a otro ser- sólo se *de-vela* como tal a la aprehensión espiritual de la inteligencia y puede ser alcanzado por la decisión también espiritual de la voluntad libre. Por eso, únicamente el *espíritu* es capaz de realizar una *obra estrictamente cultural*.

El bien que el espíritu se propone alcanzar, puede ser el bien espiritual específico del propio hombre como hombre, o el bien de algunos de los aspectos inferiores materiales del ser humano o de las cosas exteriores a él. En el primer caso, se trata de instaurar la cultura en el *propio espíritu*, en la inteligencia y en la actividad libre, y la realización de tal ordenamiento o forma actuante de esta actividad constituye *la cultura intelectual y moral y las ciencias y de las virtudes*- que perfecciona al propio hombre en su ser y actividad específicos. En el segundo, se trata de infundir la forma perfeccionante en la *vida y ser materiales* del hombre y de las cosas exteriores a él, y tal realización cultural constituye la *actividad cultural, artística y técnica*, según que se ordene a conseguir el bien de *la belleza o de la utilidad, los hábitos o virtudes artísticas y técnicas*. Pero aún buscando la obtención de un bien en los aspectos inferiores del ser humano y también en las cosas exteriores a él, la actividad cultural se ordena siempre y en definitiva al logro del bien *específico o espiritual del hombre*, porque no se busca aquellos bienes sino en función y en cuanto sirven al hombre.

6.) *La cultura, como mundo propio del hombre. Su comprensión.* - El hecho de que la cultura aún en sus realizaciones materiales, como las de la técnica y del arte, sea el efecto de una acción originariamente espiritual y, como tal, se presenta como una realización ordenada a la consecución de un bien o fin propuesto, hace que no se la pueda entender sino cuando *se de-vela el sentido o intención*, que el espíritu ha puesto en ella. Los seres naturales tienen una *finalidad intrínseca* -expresada por su *forma sustancial* a través de sus *propias accidentales o propiedades*- que expresa la intención de su Divino Creador. Pero la cultura con la infusión de la nueva *forma accidental* añade una nueva estructura óptica, que no es natural aunque se

realice materialmente como una nueva forma del ser material; que sólo es *comprehensible* cuando se de-vela o manifiesta en ella el fin por el cual fue realizada por el espíritu de un hombre.

De aquí, que *si la cultura no es realizable sino por un espíritu*, tampoco es *comprehensible como tal* -en su *intencionalidad formal*- sino por *otro espíritu*, el cual, a través de la *transformación* impuesta por una inteligencia y una voluntad al ser natural, llega a adueñarse de la intención o finalidad que le dio origen desde el *espíritu* creador.

Los seres materiales inferiores al hombre no comprenden un ser cultural, la intencionalidad espiritual de la modificación material que la expresa o realiza, y, por eso mismo, son incapaces de discernirlo de un ser natural y se comportan frente a él del mismo modo que frente a éste. Un animal pisa del mismo modo una piedra, que una obra de arte, porque no la *comprhende* como tal, no es capaz de llegar ni siquiera a vislumbrar su realidad de sentido o *finalidad* en él impresa por el *espíritu* y sólo percibe su ser natural con su modificación material como tal, sin ver el fin que ésta sustenta: para qué ha sido en él introducida.

La cultura en todo su ámbito: desde la modificación introducida en el propio espíritu, en la inteligencia y en la voluntad -como los hábitos científicos y morales- hasta la modificación impresa en la materia, como la de un instrumento técnico, son el mundo creado *por el espíritu -causa eficiente- para el espíritu -causa final-*, el mundo que sólo el espíritu es capaz de crear y, por eso mismo, sólo él ser su destinatario, porque él es el único capaz de de-velarlo y de usufructuario.

Por todo lo cual podemos decir con Dilthey -bien que dando a sus palabras un alcance *intelectualista-realista*, de que en él carecen- que si a los *objetos naturales* se los entiende, a los *objetos culturales* se los *comprende*. La *comprehensión* no se detiene en la *de-velación* de la esencia del ser natural, ni siquiera de la nueva forma, como tal modificación introducida en el ser natural, sino que, a través de ésta, llega a *de-velar su sentido*, el fin o bien que el *espíritu* se ha propuesto *significar o lograr* con ella, en una palabra, su *intencionalidad*. Es el fin que se ha propuesto el espíritu de *pura significación*, como en los *signos*, o de *significación y realización* de nuevos bienes, como en los *artefactos* quien mueve a la *causa eficiente*, también espiritual, a introducir la modificación cargada de sentido en que aquél queda como encarnado -*significado o realizado*- pero únicamente para otro espíritu, quien, a través de tal transformación, es capaz de *poseionarse de la intención* o fin que originariamente estuvo presente y actuó desde la inmanencia del *espíritu creador*.

La actividad espiritual, de sí, esencialmente inmanente y como tal incomunicable por sí misma, se expresa y sale de sí a través de su encarnación en *los entes de cultura* y se hace comunicable a otros espíritus. Y a la vez, la actividad espiritual, esencialmente inmanente e incapaz de penetrar en la vida espiritual -ideas e intenciones- de otro espíritu, puede alcanzarlo des-cifrando o *de-velando* la intención impresa por *otro espíritu* en la expresión material de tales entes culturales. La comunicación de espíritu a espíritu, a causa del carácter esencialmente inmanente de la actividad espiritual, es directa e inmediatamente imposible; pero, se logra a través de esta expresión material o *encarnación del espíritu*, que es la *obra cultural*. Sin estos entes culturales, **sin** el signo y el lenguaje sobre todo, la vida espiritual permanecería bloqueada irremisiblemente en su inmanencia, sin evasión o comunicación posible.

El hombre crea este mundo nuevo de la cultura -*oculto* para todos los ojos que no sean los de la *inteligencia*, e *irrealizable* para toda actividad que no **sea** la de la voluntad *libre*, es decir, oculto e irrealizable para todo ser que no sea *espiritual- como su mundo propio*, que necesita no sólo para *realizarse y vivir* plenamente su propia vida espiritual, sino también para *comunicarse y ayudarse* con el aporte espiritual de los demás hombres.

En efecto, individuo de una especie, todo hombre es incapaz de realizar por sí sólo su plena perfección específica espiritual. Para tal empresa -y para el desarrollo de los aspectos inferiores de su ser, necesarios para su desenvolvimiento espiritual- necesita de la colaboración de los demás, comenzando por el hecho de su propia existencia y educación física y espiritual primera, que no tiene de sí, sino que la ha de recibir de sus padres, es decir, de la sociedad familiar y de la sociedad política, la cual le brinda el amparo de sus derechos con la implantación del orden jurídico y las condiciones necesarias para lograr adecuadamente su propia perfección, que él por sí mismo no puede proporcionarse y que constituyen el *bien común*. El hombre es, por eso, un *ser social* por naturaleza. La sociabilidad del hombre finca *sus raíces* en su limitación dentro de la especie, que le viene de su individuación -*cuya raíz es la materia*- pero se *constituye* por su perfección específica -*cuya raíz es el espíritu*-. Sólo el ser espiritual es capaz de *sociabilidad*, porque sólo él es capaz de comunicación y colaboración, *consciente y libre*, de esfuerzos respecto a un fin deliberadamente elegido: sólo, él es capaz de comunicar su vida espiritual, sus ideas y propósitos, con la vida espiritual de los demás y aunar sus esfuerzos en dirección a un preciso fin comunicado y aceptado por todos los miembros de una sociedad.

Ahora bien, tal comunicación *espiritual* -de los fines y de los medios- para el logro de una colaboración consciente y libre, o sea, *intencionada*, sólo es posible por la *actividad* y

realización de la cultura, vale decir, por los *entes culturales*; ya que la unificación de los esfuerzos para lograr -un determinado fin, supone la comunicación *espiritual*, la cual únicamente es realizable por *los entes de cultura*. En efecto, al vida espiritual con sus ideas y decisiones es en si misma inmanente, oculta a todos los que no sean su propio actor. Para comunicarla éste necesita hacerle salir de si y para ello necesita encarnaría en un signo material, en los colores y dibujos, en las formas y sonidos y, sobre todo, en el lenguaje oral y escrito. Recién cuando las ideas o intenciones se encarnan en la modificación material con que el espíritu las expresa, es decir, cuando se convierten en *entes culturales o artefacto*, logran desprenderse del espíritu creador, independizarse de él en su existencia, y hacerse "*comprehensible* y penetrar en la inmanencia de otro espíritu, es decir, *comunicarse*. En efecto, a través de la modificación artificial o cultural, los demás espíritus de-velan la intención que les dio origen y llegan de este modo, por su trámite, a posesionarse y ponerse en contacto con el *contenido intelectual y volitivo* que el *espíritu creador* tuvo originariamente en su inmanencia y quiso comunicar con la expresión cultural.

La cultura *es la encarnación del espíritu*, su expresión asible por los demás espíritus y, como tal, se constituye en el *vínculo de comunicación de los espíritus* y en el consiguiente instrumento para el enriquecimiento de cada hombre con los descubrimientos y creaciones de todos los otros. Los entes culturales al encarnar y conservar las ideas e ideales, los descubrimientos de nuevos aspectos de la verdad, las realizaciones morales, jurídicas y económicas, los métodos de perfeccionamiento técnico, artístico y humano, las grandes verdades y valores descubiertos, expuestos en toda su significación por los sabios, los héroes y los santos, van acumulando y acrecentando el acervo espiritual y también el material -en cuanto depende y está realizado por el espiritual- de los hombres, apoyándose en el cual cada generación y cada individuo puede avanzar hacia nuevos descubrimientos y realizaciones cada vez más perfectos. El progreso de las ciencias y de las técnicas, cada vez más amplio y más profundo, se funda en gran parte en los entes culturales. Cada sabio aprovecha las experiencias y deducciones científicas de los que le precedieron, comienza donde acaba su antecesor y continúa; y puede hacerlo porque éste, cuando deja de existir y actuar, ha salvaguardado y depositado los frutos de su espíritu en la encarnación de los signos y artefactos de la cultura. Otro tanto sucede con la técnica y con los aspectos técnicos del arte, de la filosofía, de la organización social, etc.

Por el contrario, si este progreso no es siempre ascendente en las artes y en la filosofía, es porque por su naturaleza misma, por el carácter eminentemente espiritual de su obra, el arte y la

filosofía exigen un esfuerzo de creación total desde el principio, y sus obras valen, por eso, de acuerdo a la fuerza espiritual creadora de la belleza o develadora de la verdad, especialmente de quien las lleva a cabo.

En cuanto a la actividad moral y religiosa, si bien los entes culturales -la experiencia y ciencia acumuladas en ellos, la organización social de las instituciones y, sobre todo, su nivel moral- pueden favorecerla, sin embargo, como en tal caso su progreso depende, en definitiva, en un plano natural, de la libertad humana, y por eso mismo, corre siempre parejo con la perfección de ésta.

Vale decir, que cuanto más dependiente y atada a la materia se encuentra la realización cultural creada por el espíritu, mejor se acumula la carga espiritual y mejor se realiza su perfeccionamiento progresivo; y que, en cambio, cuanto más se aleja de la materia para quedarse en una elaboración exclusiva o casi exclusivamente espiritual, más librada queda ella al propio esfuerzo creador de cada uno.

II

LOS SECTORES DE LA CULTURA

7.) *Las dimensiones de la cultura.* - Esta actividad cultural del hombre, que brota de su espíritu como de su causa puede aplicarse y tener como jetos: a) ya la propia actividad intelectual, b) ya la propia actividad **N** libre; y ésta, ya en si misma, e) ya en cuanto directora de la actividad **i** cante de los seres materiales exteriores o del propio cuerpo humano. **En** términos, la cultura puede realizarse: a) sobre la actividad o *vida contemplativa o teórico de la inteligencia*, ya puramente teórico, ya teórico de la acción o puesta al servicio de la voluntad -*actividad teórico-práctica*- para dirigir los actos de ésta, b) sobre la actividad o *vida práctico-moral de la voluntad*, e) sobre la *actividad artístico-técnica*, y d) ello en un orden jerárquico de acuerdo a las exigencias esenciales de la propia actividad y de sus objetos formales o especificantes. Brotada del espíritu, la cultura se aplica primordial y eminentemente al propio espíritu y sólo desde él, modificando su actividad, puede incidir y elaborar la transformación de los objetos materiales.

8.) *La cultura de la actividad contemplativo o teórico de la inteligencia.* - La primera actividad del espíritu es la de la inteligencia, la *aprehensión del ser o verdad trascendente, del objeto en cuanto objeto*, y a la vez y correlativamente *la aprehensión del ser inmanente, del*

sujeto en cuanto Sujeto, es decir, la conciencia refleja de sí o, más brevemente, la abertura intencional al ser trascendente e inmanente.

La inteligencia está esencialmente orientada hacia el ser, o verdad trascendente, tanto que sin él, ni sentido tiene su actividad. Pero su orientación no es a esta o aquella verdad, sino a la verdad en sí y, a través de ésta, a la Verdad Infinita. Si puede aplicarse a una y otra verdad, *sine fine*, si no encuentra descanso en el descubrimiento de ninguna verdad determinada, es precisamente porque su apetito es de la Verdad Infinita, que ninguna verdad finita es capaz de actuar o saciar.

La inteligencia está inclinada esencialmente a la verdad, posee un apetito innato por la misma. Sin embargo, *la de-velación* no es siempre fácil, el ser o verdad oculta muchas veces su misterio y se resiste a manifestarse ante la mirada escrutadora de la inteligencia, y la tarea de ésta se torna difícil y pesada, sometida además al continuo riesgo de extraviarse por los fáciles caminos del error.

Para someter la inteligencia a un trabajo dirigido con firmeza y seguridad a la de-velación de la verdad y para acostumbrarla a determinarse únicamente por la evidencia de ésta, sin desviaciones motivadas por fines subalternos -la verdad implica sus exigencias morales, que las pasiones tienden a eludir procurando presionar a la inteligencia para afrontarla de la exacta visión de aquella- para facilitarle esta dura tarea, es menester crear en ella cualidades permanentes que la encaucen hacia el descubrimiento de los principios o del desarrollo riguroso de los mismos, tanto en el orden puramente teórico, como también en la dirección teórico de la acción práctica -en este caso, sujeta y al servicio de la voluntad- en una palabra, es necesario mantener sin deformación los hábitos naturales del *intellectus principiorum* y de la *synderesú* que nos ponen en posesión de los principios teóricos y prácticos, respectivamente, de evidencia inmediata; y crear en ellas los *hábitos o virtudes intelectuales de la Sabiduría y de la Ciencia, y de la, Prudencia y del Arte*. Con ellas el intelecto queda fortalecido de un modo permanente para su labor en sus múltiples manifestaciones. Tal la obra de cultura realizada por la voluntad bajo la dirección de la inteligencia en la propia actividad y facultad intelectual.

Gracias a la virtud de la *Sabiduría*, la inteligencia puede descubrir con más seguridad las causas supremas de la realidad; gracias a la virtud de la *Ciencia* puede descubrir fácil y certeramente las conclusiones incluidas en los principios; gracias a las virtudes de la *Prudencia* y *-del Arte* puede aplicar y ajustar los principios universales de la *Ética*, de las *Artes* y de las *Técnicas* a la realización de cada acto individual dentro del conjunto de circunstancias concretas.

9.) *La cultura en el obrar o en la actividad práctico-moral.* -A su vez la voluntad está dirigida esencialmente al bien, al bien en sí y, bajo esta noción formal, al Bien Infinito.

Precisamente en virtud de este apetito natural, la voluntad puede querer *sine fine* uno y otro bien y puede querer también éste o aquél bien o ninguno de ellos -desde que todos *participan* del bien, pero no *son* el bien- es decir, está en posesión de su propia actividad: *es libre*.

Pero para la perfección de su propia actividad y, por ella, del propio hombre, la voluntad necesita enderezar, de una manera permanente, su libertad hacia su verdadero bien o fin, apartándola de otros bienes subalternos. Esta ordenación de la voluntad se logra por medio de las *virtudes o hábitos*, que de un modo estable la apartan de los bienes deleitables de los sentidos -*Templanza*- o la afirman a abrazarse con los bienes arduos o contrarios a la sensibilidad y necesarios o convenientes para su bien -*Fortaleza*- y la inclinan a dar a cada uno lo suyo -*Justicia*-, y ello de acuerdo a las exigencias del fin, aprehendidas y formuladas por la inteligencia en forma de principios universales ajustados, a la situación concreta de cada acto -*Prudencia*-.

Cuando estas virtudes, que someten los apetitos al dominio de la voluntad, están arraigadas por la repetición de los actos, la voluntad logra su más auténtica libertad: la liberación habitual y estable del dominio de sus pasiones interiores; con lo cual su apetito natural del bien o felicidad puede desplegarse, sin impedimento alguno, en dirección a su verdadero bien, el Bien infinito y divino, en cuya posesión encuentra la actuación plena y beatificante de su ser.

10.) *La cultura en el hacer o actividad artístico-técnica.* -Finalmente, el hombre, compuesto de espíritu y materia, necesita echar mano de los objetos materiales para el mantenimiento y desarrollo de su vida corporal y, a través de ésta, de su misma vida espiritual.

Para que tal actividad ejecutiva de la vida vegetativa e inconsciente logre con más perfección y adecuación aquellos bienes materiales es menester que el espíritu la dirija y la conduzca a la transformación de los objetos materiales.

La inteligencia aprehende el bien o fin por obtener de las cosas y, en la luz de sus exigencias para conseguirlo, formula las *reglas* de ejecución; bajo la dirección de las cuales el *imperio* del juicio práctico de la misma inteligencia, movida y penetrada por la voluntad, somete a las facultades ejecutivas inferiores para alcanzarlo.

Esta actividad, que arranca del espíritu -inteligencia y voluntad- y a través de las facultades corporales se imprime y transforma las cosas o el propio cuerpo para alcanzar un bien o perfección que éstas por sí solas no podrían ofrecer, es la actividad "*poética*" o *artístico-técnica*. Así como *la actividad moral* tiende a imprimir en los actos libres la dirección que los ordene al verdadero bien del hombre y lo haga a éste *bueno como hombre: un hombre bueno; la actividad artístico-técnica* tiende a ordenar desde el espíritu las facultades materiales del hombre para el logro del bien *de las cosas mismas*, ordenación que lo constituye bueno no en cuanto hombre, sino en *cuanto artista o técnico: un buen artista* -pintor, escultor, etc.- o un buen artesano -carpintero, agricultor, etc.

Semejante ordenación de las facultades materiales del hombre, siempre concebida y realizada por el espíritu, constituyen el *tercer plano* de la cultura. En efecto, gracias a tal intervención del espíritu, estas facultades son elevadas a la consecución de un bien aprehendido y apetecido formalmente por aquél. El espíritu imprime en ellas los *hábitos ejecutivos*, las facilidades o *virtudes manuales* y, a través de ellas, se crea los instrumentos cada vez más perfectos con qué lograr nuevos bienes o los mismos bienes cada vez con mayor perfección; y crea en la propia inteligencia práctica, directora de la actividad material, la *facilidad habitual*, la cualidad o *virtud permanente del arte*, que -de un modo análogo a la *prudencia* en el orden del *obrar*- ajusta, en el plano del *hacer*, los principios generales de la acción a los actos precisos e individuales dirigidos a la consecución de un bien determinado.

Cuando el espíritu ha creado aquellas técnicas o *facilidades* en las facultades ejecutivas y la *virtud del arte* en la inteligencia, que regula a aquéllas en cada caso, para ajustarlas a la consecución precisa del bien, de acuerdo a las circunstancias concretas, *se ha logrado la cultura del hacer artístico-técnico, la cultura del arte y de la técnica*, según se dirija a la consecución del bien de la *belleza* o del bien de la *utilidad* de las cosas. La actividad connatural del hacer se torna cultural por la infusión de estas cualidades o *virtudes* impresas por el espíritu, ya en la misma inteligencia práctica, ya en las facultades materiales bajo su dirección. Cuando un artista o un artesano ha adquirido el aprendizaje de su técnica -y también las bellas artes implican técnica a más de la creación poética -y la virtud del *arte* que la ajusta a la realización concreta de cada caso, ha logrado la cultura *artístico-técnica*.

Claro que la *cultura* en este plano sólo confiere la facilidad o perfección de la ejecución para el logro de su fin, que no es otro que la buena factura de la obra por hacer; lo cual

basta para la técnica o actividad de los medios o de la *utilidad*, pero no para la obra de *arte*, en el sentido moderno de este vocablo, pues para lograr realizar una obra artística o bella, se requiere además un don natural, que Dios confiere únicamente a algunos, y que no es sino lo que comúnmente se llama la *inspiración*, por la cual logran infundir un *alma* a su cuerpo artístico o técnico, quien trasunta, tras las bellas y armónicas formas sensibles, una *re-creación* bella, elaborada y acuñada -mediante la asimilación de los elementos bellos de la naturaleza- en el alma del artista e informada con el vigor del propio espíritu en las formas imaginativo-sensibles.

11.) *Jerarquía de los diferentes sectores de la cultura.* -Finalmente, estas diversas realizaciones de la cultura, como obra del espíritu realizada sobre los diferentes planos de la actividad humana y de las cosas en relación con ella, y como el mundo propio del hombre, en que él se desarrolla y perfecciona, si bien poseen autonomía dentro del fin inmediato que determina su forma y constitución, no *son independientes* entre sí sino que se subordinan de un modo jerárquico unas a otras en un todo orgánico.

En efecto, la *actividad técnica* o de los *medios* se subordina a la *actividad artística* y, junto con ésta, al bien del hombre y, consiguientemente, a la *actividad moral* que se lo proporciona. En efecto, si bien es verdad que la cultura logra la perfección de las cosas materiales en la medida en que logra el bien -de éstas, el hombre busca tal bien como un medio para conseguir el propio bien, el bien de su actividad intelectual o moral.

A su vez, la cultura de la *actividad práctico-moral* busca el *perfeccionamiento* humano, el bien del hombre como hombre, mediante la subordinación de las tendencias inferiores con sus respectivos bienes a la inclinación específica o espiritual del mismo a su Bien o Fin último y divino, en cuya posesión encuentra su actuación plena y la consiguiente felicidad.

Pero tal posesión del Bien trascendente inmediato y del Bien trascendente definitivo de Dios, se logra por la *actividad de la inteligencia* que lo aprehende como Verdad. Y entonces, la *actividad práctico-moral* aparece subordinada a la *actividad teórico o contemplativo*, como la actividad de los *medios* se subordina a la actividad del fin; y, consiguientemente, la *cultura moral*, con toda su autonomía que le viene de su propio fin, se constituye, en definitiva, para servir a la *cultura de la vida contemplativo* de la verdad, por donde la *-cultura de la voluntad* está esencialmente subordinada a la cultura de la *inteligencia*.

De este modo, *el hacer técnico-artístico* y su cultura está subordinado y actúa para el *obrar moral y su cultura*, y éstos para el *contemplar y su cultura*,

Ahora bien la subordinación y unidad jerárquicas de estos diferentes planos de la cultura provienen de la subordinación y unidad jerárquicas de las diferentes direcciones de la actividad humana, determinadas a su vez por la subordinación y unidad jerárquicas de los diferentes *objetos formales* que las especifican y constituyen en su intrínseca realidad: lo útil se subordina a lo *bello*, lo útil y lo *bello* se subordinan al bien, y el bien se subordina a la *verdad*.

Belleza, Bien y Verdad son las tres metas definitivas de la actividad humana, que, más allá de la obra de perfeccionamiento o cultura, especifican, dan sentido, dirigen y constituyen a ésta, y determinan el *orden* y unidad *jerárquicos* de las diversas dimensiones de la misma.

La cultura o desarrollo de los diversos aspectos de la actividad del hombre, realizada por el espíritu -inteligencia y voluntad- del mismo, es el camino que conduce a éste a la conquista de estos tres objetivos definitivos, que, en última instancia metafísica, se identifican con el Ser de Dios; y, como tal, está determinada y especificada en su unidad jerárquica por la unidad jerárquica de los mismos: de la Belleza subordinada a la *Bondad*, y de la Bondad subordinada a la *Verdad*, notas trascendentales del ser identificadas perfectamente, por eso, en el Acto puro e infinito del Ser de Dios.

12.) *La cultura, obra de perfeccionamiento temporal o del homo viator.* La *cultura* se ubica entre el *hombre tal cual es* -y las cosas materiales en su ser material a él subordinadas- y el *hombre tal cual debe llegar a ser* por la posesión plena y definitiva del Bien infinito, que le confiere su exhaustiva perfección humana y consiguiente beatitud.

Ni el hombre *tal cual es naturalmente* dado en el comienzo de su existencia, ni el hombre *tal cual ha llegado a la plenitud de su ser* por la posesión del Bien infinito, en la vida inmortal, están bajo la acción cultural aquél, porque todavía no ha recibido su influjo, éste, porque, habiéndole ya recibido, ha alcanzado el bien definitivo para cuya consecución actúa precisamente la cultura.

El desarrollo armónico de las diferentes actividades y, por ellas, del mismo ser del hombre, culminando en su actividad y ser espiritual, dirigidos al Bien trascendente divino, en que *consiste formamente la cultura*, lo realiza el espíritu en el camino, que, durante su permanencia en el mundo, recorre el hombre -compuesto de alma y cuerpo y, como tal, necesitado de las cosas corporales- *entre su punto de partida* -su ser inicial naturalmente dado- y su *punto de llegada* -su ser perfectamente actualizado con la posesión definitiva del supremo Bien- brevemente, en la *vida del tiempo*, en la vida del *homo viator*. Sólo en esta vida del tiempo, en que el hombre aún no ha alcanzado la posesión saciante del supremo Bien y, lejos de

El, lucha con mil obstáculos que se oponen al desenvolvimiento armónico de los diferentes aspectos de su vida en orden a su consecución, que pugnan por arrastrarlo a las satisfacciones de su actividad y ser inferiores con detrimento del perfeccionamiento de su actividad y ser superiores específicos, se cumple *libremente -como obra del espíritu-* con sus progresos y retrocesos la *obra de la cultura*: la inteligencia y la voluntad libre del hombre, ayudadas por las facultades e instrumentos inferiores, de un modo estable imprimen en cada una de las partes de la actividad y del ser del hombre y de los objetos a ellos subordinados, la ordenación precisa a su propio bien dentro del bien de todo el hombre.

En efecto, sólo en la vida del tiempo el hombre necesita ordenar su actividad material y, por ella, la de los objetos externos, por medio de la *técnica*, para procurarse los medios necesarios a su desarrollo y bienestar corporal y, mediante éste, de los medios necesarios para su desarrollo espiritual; sólo en su vida temporal necesita modificar las cosas materiales para lograr imprimir en ellas y gozar de la belleza, mediante el *arte*; sólo en el tiempo necesita cultivar con la moral su actividad libre para encausar su perfeccionamiento definitivo; y sólo también en el tiempo necesita cultivar su inteligencia con las *ciencias y sabiduría*, para disponerla a la aprehensión definitiva de la Verdad, más allá del tiempo.

Una vez alcanzada la Verdad, el Bien y la Belleza de un modo pleno y definitivo, todos los esfuerzos para disponer y acercar al hombre a esa posesión por el desarrollo de su múltiple actividad, mediante la posesión imperfecta de los mismos, no tienen ya razón de ser y hasta pierden su sentido. La cultura es la actividad de los *medios* y, como tal, de la vida transitoria del tiempo, del *homo viator*, en camino hacia su *Vita Beata* definitiva, es la vida del perfeccionamiento, que dispone y aproxima constantemente al hombre a la actualización plena de su ser por la aprehensión saciante del Bien infinito. La cultura, como actividad espiritual de los medios que preparan y dirigen al hombre a su fin, una vez alcanzado éste en la vida inmortal, más allá de la vida del tiempo, ha cumplido su misión y cesa para siempre. En la vida plena del espíritu alcanzada por la posesión saciante de la Verdad, del Bien y de la Belleza, en el Ser divino, los bienes de la cultura son alcanzados en su grado máximo sin el esfuerzo del espíritu y sin los medios por él adoptados, en que consiste propiamente la *cultura*. Con la posesión del fin, cesa la actividad de los medios, con la consecución del término, cesa la actividad del camino, de la cultura, por consiguiente.

La cultura, pues, se instaura como la impronta del espíritu en el propio hombre para perfeccionarlo de un modo integral y jerárquico en las diferentes dimensiones de su actividad y de su ser, con la posesión de la verdad, del bien y de la belleza, cuando aún no ha alcanzado la

perfección con la posesión plena de la Verdad, del Bien y de la Belleza infinitas a que aspira con todas las fuerzas del espíritu, y al que la cultura, por su misma esencia, aproxima sin cesar y dispone como su mejor preparación en la vida del tiempo.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi